

La Capilla siXtina

LA ESPALDA DE ANALIA GADE

Afortunadamente, las señoras tienen espalda. Puedo lanzar esta categórica afirmación después de haber visto en pase privadísimo la película de Jaime Camino, "Mi profesora particular", según guión del propio Camino y los escritores Jaime Gil de Biedma y Juan Marsé.

Pero el tema central de esta reflexión apresurada quiere que sea la presencia de dos mujeres en una película feminista, en la que los hombres quedan reducidos a la tipología del voyeur o a la del parásito, no ya el tópico parásito económico, sino el más grave parásito del afecto. Cuatro personajes fundamentales encarnan la tragedia de los seres expulsados del paraíso: la profesora de piano, muchacha acuartada, hermosamente macedado el cuerpo y con el alma fresca; su madre, "La Divina", ex cantante de ópera, egoísta, pendiente de la propia imagen devuelta por espejos reales y sentimentales trucados; Loris, el joven automarginado que va por el mundo seduciendo cuerpos y almas con la promesa de compartir la huida hacia el absoluto, en un buque naranjero, en un buque fantasma, en un buque que no existe; el vecino "voyeur" y su pareja, una maceta donde agoniza una planta carnívora, con la que dialoga, y a través de la cual quiere compensar su frustración. Estos cuatro tipos se traducen en cuatro imágenes por la presencia de cuatro cuerpos: el de Analía Gadé, el de María Luisa Ponte, el de Joan Manuel Serrat y el de José Luis López Vázquez. La Gadé y la Ponte realizan interpretaciones e "incorporaciones" magistrales, que pueden quedar como modélicas en la historia interpretativa del cine español.

Esta historia consigue crear su propia lógica, y el desenlace entra dentro de esa lógica, como entra la imaginaria entre alegórica y onírica empleada por Camino como contrapunto

complementario de la historia lineal. De vez en cuando las imágenes salpican como relatos de pasado o "trailers" de futuro, en la mejor tradición de la función de las ensañaciones. Pero un espectador distanciado podría proponer a los guionistas y al director que la profesora particular hubiera podido salir del laberinto entregándose al pobre "voyeur" desnudo y con prismáticos y abandonado en el podrido interior "art-decò" a la pareja de canibales que componen la madre y el amante. Una Analía Gadé sin maquillar ajusticia a sus enemigos y cierra con su rostro rubio, con su cuerpo rubio, una historia que traduce una perplejidad culta ampliamente compartida.

Si la cuestión a nivel de liberación de los pueblos está planteada entre la vía violenta o la vía social-demócrata del cambio, la liberación a nivel de las relaciones interpersonales está planteada a nivel del asesinato del verdugo o de la disuasión mutua entre víctima y verdugo mediante la alternancia de papeles. Otra cuestión que la película deja ahí, como incontrolada, es la función de los sacerdotes y "médiums" en general. El marginado "outsider" es también como un sacerdote de la nada y la película demuestra que la elección de la nada tampoco precisa el concurso de sacerdotes. La necesidad de la liberación requiere la destrucción del papel asignado por el viejo orden: sea a nivel colectivo o sea a nivel individual; sea a nivel interclases, sea a nivel interpersonal. El relativismo crítico de los responsables intelectuales de esta película, Gil de Biedma, Marsé, Camino, ha convertido el final en una ambigüedad moral, en la que el toque de degüello es también un toque de suicidio.

¿Y la esperanza? La espalda de Analía Gadé, recordándonos la proclama de Hölderlin: los dioses se han marchado, nos queda el pan y el vino.

SIXTO CAMARA

FEIFFER

